

En esto en el aposento
La faz amante risueña,
El ferreruelo forrado
De blanca y crugiente seda,
Derado estoque, y de plumas
Linda gorra en la cabeza,
Entró don Bustos Ramirez
En apostura altanera;
"Linda Rosa. . ." dijo: y viendo
A Ibañez que le contempla
Con ojos entumecidos
Tornó la vista severa.
Rosa apresurada dijo:
"Es un pariente que llega
De la ciudad." Y don Bustos
Prosiguió así: "Norabuena.
Seais, hidalgo, bien venido:
Asistireis á la fiesta,
Y recibirán mis bodas
Honra con vuestra presencia."
Tendió al soldado la mano,
Y él sin mirar lo que hiciera,
Con el recio guantelete
La suya al baron presenta.
La asíó don Bustos y dijo:
"A no saberlo, creyera
Que fuera en vez de amistad
De reto esta mano prenda."
Miróle Ibañez un punto,
Y en insondable reserva
Velando el gesto, repuso:
"Tomadla como os convenga."
Y tornando las espaldas
Tomó á oscuras la escalera.

De brindis y carcajadas
Estrepitoso rumor
Se levanta de don Bustos
En un inmenso salon.
Alúmbranle mil bujías
Suspensas en derredor,
Entre guirnaldas de flores
Que hábil mano entrelazó.
Vistiéronle de tapices
Esquisitos en valor,
Y cubriéronle de alfombras,
De un califá regio don.
En ricos aparadores
Remeda la luz del sol
Vajilla espléndida de oro
De magnífico primor.
Rueda el cristal por la mesa,
Y en no interrumpido son,
Gotea de vaso en vaso
Dulce y sabroso licor.
La fiesta es libre, opulenta,
Porque pródigo el baron
A todo el pueblo de Rosa
Bodega y festín abrió.
Es cierto que á los principios
El respeto á su señor,

Conteniendo á los vasallos,
Las lenguas les refrenó.
Mas al fin, de los manjares
El succulento vapor
La libertad y la audacia
A los villanos volvió.
Alzaron desordenados
Una voz sobre otra voz,
Un brindis sobre otro brindis:
Crecia la confusion,
Aumentábase el tumulto,
Y con discorde el amor
Cruzaban de una á otra punta
Osada conversacion.
Ocupaban los hidalgos
En la parte superior
Escanos de terciopelo
Casi á los piés del baron.
Y este mas alto con Rosa
Usaba otro aparador
Bajo un dosel de brocado,
Do se ostenta su blason.
Pajes le sirven: doncellas
Le escancian el licor,
Y el contento les atiza
La insolencia del bufon.
Al testero de la mesa,
Y en preferente sillón,
Está el capellan sentado,
Y síguete luego en pos
El ilustre ayuntamiento
En gregüescos y en jubon.
Enfrente entre otros hidalgos,
En ademan pensador,
Se ve al serio Pedro Ibañez,
Que bocado no gustó.
Hinchados tiene los ojos,
Los cabellos sin olor,
La espada y la daga al cinto,
Y el duelo en el corazon.
El resto ocupan sin orden
Los que de Busto á la voz
El mejor sitio encontraron
Al entrar en el salon.
Los que en aquel no cupieron
Acomodarlos mandó
En otra mesa tendida
En un largo corredor,
Y allí gritan y disputan,
Harta apenas su ambicion,
Con los sabrosos manjares
Que devoran sin temor.
Toda la fiesta es tumulto,
Todo murmullo el salon,
Todo embriaguez y locura
Los vasallos y el señor;
Y á pesar de los secretos
Con que á la conversacion
Dan impulso las mujeres
Murmurando á media voz,
Rosa está linda, hechicera,
Como jamás se mostró
Caprichosa su hermosura

Vertiendo gracias y amor.
Mirándose está en sus ojos
El fortunado baron,
Olvidando ante su amada
Cuanto hasta entonces gozó;
Y ella radiante de orgullo
Alimenta en su ilusion
Los hechizos que le embriagan
Con estudiado primor.
Con lujosos atavíos
Astuta se engalanó,
Que acrecientan el deseo
Del turbado corazon.
Guirnalda de blancas perlas
A sus cabellos ciñó;
Escotado hasta los pechos,
Bordado de oro el jubon,
El cuello de márfil orla
Collar de bajo color,
Del que pende de brillantes
La señal de redencion;
Y están sus brazos desnudos,
Cuyo brillo tentador
Ostenta en sus movimientos
Esquisita perfeccion.
Don Bustos, á quien anima
La eficacia del licor,
Decia en son de mandato,
Fuerza añadiendo á la voz:
"Agotadme las bodegas,
Que si dejais, ¡vive Dios!
Una gota, habeis de hacerme
De todo restitution.
A eso os llamé á mi castillo
Y á mis fiestas, que si no
Conforme me caso solo
Gozara solo."

—Al rumor
De estrepitosos aplausos
Estremeciése el salon,
Y por sobre el ronco ruido
Así don Bustos siguió:
"¡Eh! don Pedro, mi pariente,
Capitan, ¿qué os haceis vos?
¿Estáis enfermo, ó acaso
Os dijo algun impostor
Que el mayordomo envidioso
Mis cubas envenenó?
Si tal pensais, os ofrezco
Completa satisfaccion.
Y á propósito. . ."

—Así hablando
Su inmensa copa apuró.
Tornaron las carcajadas,
Los aplausos, y el baron
Encarado aun con Ibañez,
En voz de mofa siguió:
"Puesto que vos no habeis hecho
A mis venenos honor,
Os encargo que si muero
Me enterreis como á quien soy."
Volvieron á los aplausos,
Y á tan tumultuoso son

Asomaron por la sala
Las gentes del corredor,
Que aumentaron el desorden
Preguntando en peloton:
"¿Qué es aquesto?"
—Entrad, amigos,"

Don Bustos ronco clamó.
"Vereis un anacoreta. . .
Por la cruz del Redentor,
Capitan, brindad conmigo
A mi venturosa union. . ."
Ibañez la inmensa copa
Levantándose tomó,
Mostrando en el sombrío gesto
Mas que contento furor;
Y afectando complacerse,
"Brindemos, dijo, baron.
Mas Don Bustos atajándole
El brindis le interrumpió:
"A mi embriaguez de esta noche,
Que me emborracho por dos."
A estas palabras de Bustos
De emponzoñada alusion,
Ibañez soltando el vaso
Cayó vertiendo el licor.
"¡Bravo! ¡sin haber bebido
El sueño le acogotó!
Capitan, voto á mi sangre
Que sois un mal bebedor."

Seguia Ibañez tendido
De espaldas en el sillón,
Cogidos todos sus miembros
De congojoso temblor.
Mofáronle los villanos,
El gesto Bustos frunció,
Palidecieron las mozas,
Y en visible turbacion,
Rosa sobre el blanco pecho
Pálida la faz dobló.
Don Bustos rompiendo un vaso
Alzó iracundo la voz:
"¿Os pesa, por vida mia,
Capitan, mi dicha á vos?"
Alzóse sobre su asiento,
Y el pueblo entero calló;
Porque los ojos de Bustos
Centellaban de furor,
Temblaba en su escaño Rosa,
Y así decia el baron:
"Brindad, capitan, conmigo,
A mi boda, ó vive Dios,
Que esta noche mis lebreles
Os desgarran el jubon."
A tan brusco llamamiento
Pedro Ibañez requirió
Poniéndose en pié, su espada,
Con semblante tan feroz,
Que oyóse entre las mujeres
Un ay! sordo de pavor,
Y á sus espaldas la turba
Cobarde retrocedió.
Don Bustos Ramirez, puestos
Ambos piés en su sillón,

La izquierda sobre la mesa
Que al recibirle crugió,
Mirábele de hito en hito;
Y el áspero ahogado son
Que le hervía dentro el pecho,
El borrascoso color
De sus ojos, la melena,
Que le cuelga en confusión
Uniéndose con la barba
Que le cerca en derredor
Todo el rostro, le semejan
A un formidable león
Que acecha sobre una roca
La vida del cazador.
Pero Ibañez frente á frente,
Sin muestras de turbación,
Fijó en sus ojos los ojos
Y á la lid se apercebíó.
Pasó un momento angustiado
En que nadie de los dos
Con movimiento ó palabra
La contienda provocó.
La turba tenía ahogado
El aliento de terror,
Y de ambos podía oírse
El latir del corazón.
Al fin Don Bustos en hondo
Gemido, torvo exclamó:
"Brindad, Hidalgo, á mis bodas,
U os juro á mi salvación,
Que en la escarpia de una almena
Os ahorco como á un traidor."
Ibañez á estas palabras,
Como un tigre veloz,
Saltando sobre la mesa
Ligero una copa asíó,
De un paso salvando el trecho
Que le aparta del barón.
"Brindemos, dijo.

—A esta noche,
Bustos repuso, á mi amor.
—A mi cabeza, Don Bustos,
Que clavada en un lanzón,
Os recuerde á todas horas
Toda una noche de amor.
—¿Es un insulto?

—Es un brindis.

—¿No le aceptais?
—¡Sí, por Dios!
Bebed, y á que esa cabeza
Sea la última ilusión
Que alcancen á ver mis ojos
De mi féretro en redor.
—Sea!
—Sea!"

Y afirmando
Tan sacrilega intención,
Todo el licor se sorbieron
De un solo trago los dos.

Está la noche serena,
Melancólica la luna
Reverbera en la laguna
Y manso el aire resuena.
Murmura en la parda sombra
Inquieto el Carrion pasando,
Con limpios hielos orlando
Del campo la árida alfombra.
No se alcanza en la ribera
Ni césped, ni flor, ni espiga,
Que brote á la sombra amiga
De alguna encina altanera.
Todo el campo es soledad,
Silencio y vapor confuso,
Que en todo el invierno puso
Viudez y esterilidad.

Vése á lo lejos la sierra
Como aparición estraña,
Que en la escarpada montaña
La nieve esconde la tierra.
Y entre las breñas se escucha
La ronca voz del torrente,
Cuyo ancho raudal rugiente
Conquistando espacio lucha.

Tal vez del mastin atento
Resuena el tenaz ladrido,
Oliendo el lobo escondido
Que acecha el redil hambriento.

Al pié de la alta colina
Yace el lugar solitario
Acogido el vecindario
Al cerro que le domina.

Sobre él el negro castillo
De don Bustos se columbra,
Del astro de paz que alumbraba
Al resplandor amarillo.

Y aun vomitan sus ventanas
En confusión infernal,
Las cantigas que profanas
Respira la bacanal.

Aun puede oírse por ellas,
Con el brindis del barón,
El eco y discorde son
Del vino y de las querellas.

Viénense allí á dibujar
Con la luz de las bujías,
Mil medrosas fantasías
Espantosas de mirar.

Y los vidrios de colores
Rádan en la lobreguez
La movible brillantez
De fugaces resplandores.

Al pié del áspero muro
Inmóvil en la sombra está,
Contemplando las ventanas
Con desesperado afán,

Torvo el semblante y lloroso
Sin apenas alentar,
El triste y burlado Ibañez
En insufrible ansiedad.

Crispados tiene los puños:
Desencajada la faz,
Y el cuerpo todo acosado

De una convulsion mortal:
Vése en el húmedo ambiente
Su aliento á veces vagar,
Como sombras que brotando
Viven un punto no mas.
Por los espesos bigotes
Filtrando el rocío va,
Y mojóndolas, sus ropas
Azota el aire fugaz.
Amante desventurado
Y desdenado galán,
Está en su mente midiendo
La infinita eternidad.
Porque, ¿qué vida le aguarda,
Ni qué vida ha de esperar
Quien no halla en sus negros días
Mas que tedio y soledad?
Tantos sueños de ventura,
Tanta ilusión celestial,
Tanta esperanza engañosa
Perdida en la realidad.
Tantos afanes por ella,
Tanto sufrir y lidiar,
Mirando la luz lejana
De un mentiroso fanal,
Que fué tan solo el reclamo
Que anunció un puerto falaz,
Para mirarle mas cerca
Engañado zozobrar!
¿Do están las fragantes flores,
Las bendiciones do están,
Con que el amor deliraba
En la juvenil edad?
El fué á la sangrienta guerra
Como valiente, á buscar
Premio y fortuna de hidalgo,
De que se sintió capaz.
Pródigo vertió su sangre
De su vida sin piedad,
Por volver ante su Rosa
Digno de su amor fatal;
Y ella en tanto deslumbrada
O acaso liviana asaz,
En los brazos de otro dueño
Se dispone á reposar.
¿Oh! que esas risas confusas
Que oyé á través del cristal
Desde el infame castillo
A la atmósfera brotar,
Le parecen los aullidos
Con que una turba infernal
Aplauda atroz los tormentos
Que alambica Satanás!
Ellos celebrando alegres
En ruidosa bacanal
El bien que en despecho eterno,
Infeliz él llorará.
Ellos brindis y cantares,
Y amor y felicidad,
Y él lágrimas y dolores
Que nunca se acabarán.
¿Oh! y cobarde, aunque ofendido,
Resignado dejará,

Aunque él su ofensa no olvide
Que la olviden los demás!
Mas ¿qué escucha el desdichado
Con esa atención tenaz,
Que hácia adelante tendido
Al borde del foso está?
Los ojos le brotan fuego,
Creciendo al aliento va,
Y atenazados los dientes
Déjanle apenas lugar.
Calmado el rumor lejano
De la impura bacanal,
Oyóse un canto dulcísimo
En el salón murmurar.
Era una voz amorosa
Y de enloquecer capaz
Al corazón mas hundido
En torpe incredulidad.
Del arpa del trovador.
Al misterioso compás,
Suena á pedazos, perdido
En la distancia al cantar.

"Mi vida, Busto, y mi alma
"No tengo en mi mano yo;
"No tengo que darte, Busto,
"Sino cuanto guarda de fé el corazón.
"Yo te le doy todo entero,
"Vida y alma vuelva á Dios
"Cuando le plazca, y tú, Busto,
"Hasta á mi sepulcro disputa mi amor."

Cesó el cántico, y se oyeron
Largos aplausos sonar,
Que estremecieron el aire
En prolongada espiral.
Ibañez, como viajero
Que harto ya de caminar
Se sienta á buscar reposo
Donde ha de abrirse un volcán,
Retrocedió de aquel canto
Al desgarrador compás,
Despierto á la voz de Rosa
Su mal adormido afán.
"Dale, ya que está en tu mano,
"¡Ingrata! ese corazón
(Dijo), y el alma y la vida
Que vuelvan torpes á Dios.
Dásele, que por un soplo
Con que tornaros carbon
Toda el alma y media vida,
A Satanás diera yo."
Y aquesto diciendo Ibañez
En agonía mortal,
Revolvábale en la arena
Hiriéndose sin piedad.
Lanzaba del hondo pecho
Bramido tan gutural,
Tan feroz, que aun á las fieras
Alcanzara á medrentar:
Y dijeran, escuchando,
El ruido que haciendo está,
Que luchaba alguna de ellas
Con otra en la oscuridad.

Rueda entretanto la argentina luna
Del vago cielo en el espacio azul,
Sombra dejando y niebla que importuna,
Mancha y entume su radiante luz.

La escarcha entre los céspedes se cuaja
Deshaciéndose en gotas de cristal,
Y cada espino que Aquilon rebaja,
Perlas por fruto transparentes dá.

En confusa ilusion todo se ostenta
En la estéril llanura del país,
Entre el velo de nieblas que se aumenta
Cual pabellon colgado del zenit.

Allá en un valle do la niebla impura
Tarda se posa, el rápido Carrion
Frágil rodando en soledad murmura
Con medroso y monótono rumor.

Ya del castillo en el salon se mengua
La báquica algazara del festin,
Torpe tal vez con el licor la lengua,
Cuyo peso no alcanza á resistir.

Aun se alza entre el murmullo interrumpido
El brindis tumultuoso del baron,
Con el cantar de Rosa entretenido
Y el arpa del errante trovador.

Aun en los vidrios tibia se dibuja
De alguna sombra la ilusion fugaz,
Como el conjuro de andrajosa bruja
El diablo por el sol se ve cruzar.

Mal sosegado Ibañez todavía,
Lanza celoso en iracunda voz
Los ayes postrimeros de agonía,
Con que se estingue su perdido amor.

Dentro del pecho, en ponzoñosa llama
Sanguinosa, alumbrándole al morir
Su negra antorcha vigorosa inflama
La venganza que nace de su fin.

Pásanle por la mente dolorida
Mil fantasmas de impúdico placer,
Que embellecen sin fin la agena vida
La suya desgarrándole á la vez.

La imágen del altivo castellano
Entre sus sueños por do quiera está.
Do quier del sueño entre el tumulto vano
Amor se juran, ósculos se dan.

Do quier en ellos de su ingrata Rosa
La blanca sombra que le esquivo ve,
A otra fantasma presentando ansiosa
Los labios que arden de amorosa sed.

"Maldita! entonces desolado esclama,
Maldita seas, infernal vision."
Y el llanto que en su cólera derrama,
La hoguera apaga del antiguo amor.

"Oh! ¡qué me importa, el infeliz decia,
Tarda opulencia y mentirosa prez,
Si la mitad de la existencia mia
Nunca con ella dividir podré?"

Venga el infierno y por la vida y alma
Mi venganza me dé, sino mi amor.
Por ese instante de sangrienta calma
Lleve el infierno cuanto fué de Dios."

Mas se espesaba cada vez la niebla,
Menos radiaba en derredor la luz:
El aura de honda oscuridad se puebla,
Nada se ve del firmamento azul.

Cual orla leve de fantasma errante,
Cual rayo de relámpago fugaz
Creyó Ibañez que viera por delante
La sombra de un espíritu pasar.

Era un objeto silencioso y vago,
Sensible solamente á la vision,
Como reflejo que sombrío lago
De un fuego fátuo á la presencia alzó.

Era una sombra que con propia vida
No necesita luz para nacer,
Cual nube que en el éter va perdida
Sin auxilio de plumas ni de piés.

Los ojos no conciben su contorno,
No reducido á forma aquel vapor,
Tal vez en él deformidad y adorno,
Galas lo mismo que defectos son.

No trajo voz ni levantó sonido
Por el húmedo suelo al resbalar,
Mas sintió el corazon sino el oído
Del triste ser la intermediacion fatal.

Tocóse Ibañez la ardorosa frente
Y la ancha mano se inundó en sudor,
Razon y ayuda demandó á su amante,
Y no estaba en su mente su razon.

Tendió la mano á la segura tierra
El cuerpo que vacila á sostener,
Y en vez del césped en sus dados cierra
Aspero hierro que se aprieta á él.

En vano abierta la medrosa mano
Le abandona á su propia gravedad,
Las palmas hácia sí retira en vano.
Siempre tras ellas el objeto va.

Asele al fin: le oprime: es una llave.
¿Quién en aquellos sitios la perdió?
Un peregrino: un trovador: ¿quién sabe?
Tal vez del cinto la perdió el baron.

Ibañez la guardó. Siniestro y lento
Era su paso y tardo al caminar;
Parecia que el solo pensamiento
Empujaba á la muerta voluntad.

El tenia un secreto repentino
Que jamás hasta entonces comprendió,
Solo en la mente le abortó el destino,
No lo supo jamás el corazon.

Ibañez ni se acuerda ni lo sabe,
Que con su mente su intencion no va;
Solo percibe que al llevar la llave
Crece en el pecho vengativo afan.

Ni piensa, ni resiste, ni consiente,
Ignora acaso su intencion cuál es,
Mas ni duda á la par ni se arrepiente
De lo que llegue á consentir ni hacer.

En un pilar que sobre el foso oscuro
En una grieta de la peña está,
Metió la llave, y recediendo el muro,
Postigo oculto le convida á entrar.

Hundióse Ibañez por el muro hendido
Silencioso, sombrío, audaz, traidor,
Como un remordimiento mal dormido
Entra en el descuidado corazon.

Quedóse en soledad el campo mudo,
Y entre la lobretez tornóse á oír
La voz del Aquilon, salvaje y rudo,
Y el murmullo apagado del festin.

Quien mira á Pedro Ibañez
Ir caminando á deshora
Por las cuevas del castillo
Al resplandor de una antorcha:
Erizados los cabellos,
La faz amenazadora,
Los pasos desatentados,
Creyérale alguna sombra
Que alzando de su sepulcro
La fria y maciza losa,
De Dios á los vivos trae
Sentencia esterminadora.
Sus lentos pasos retumban
Por las olvidadas bóvedas,
Y de una en otra perdidas
Cual gemidos se prolongan.
En las grietas de las piedras
Las arañas hiladoras,
Al resplandor de la luz
Los negros cuerpos asoman,
Y á la inflecion de la llama
Que vacilante y dudosa
Reverbera por los muros
Que viste tiniebla lóbrega,
Fantasmas de luz se pintan,
Cuya aparicion diabólica
En el punto que se muestra
Vuelve á perderse en la sombra.
En cada rincon oscuro
En que la vista se posa,
Parece que amedrentadas
Quimeras le desalojan.

A cada puerta ó esquina
Que se pasa ó que se dobla,
Parece que allá á lo lejos
Vuelan en fúnebre tropa.
Todas las manchas y bultos
Rostro y movimiento toman,
Y ya miran, ya amenazan,
Ya rien, temen ó mofan.
Visiones descoloridas
Que el alma crédula aborta
En la niñez, halagada
Con fábulas mentirosas.
A pasos lentos Ibañez
Caminando incierto, topa
Ancho salon embutido
De madera hasta la bóveda.
Allí de pez y de plomo
Y materias resinosas,
Inmenso almacén juntaron,
Que para defensa propia
En tiempos tan turbulentos
Precaucion ninguna sobra.
Como obedeciendo Ibañez
A oculta causa imperiosa,
O de antiguo pensamiento
A la fuerza tentadora,
Debajo los combustibles
Metió resuelto la antorcha.
Brotó la seca madera
Espesa, turbia y sonora
Nube de volátil humo
Con que el fuego se corona.
Cerrando entonces la puerta,
Ibañez á tientas toma
La ruta por donde vino
Hasta una escalera rota.
Y en lucha áspera y difícil,
Asaltando una tras otra,
Llegó á la torre en que Bustos,
Señor del castillo, mora,
Era una torre capaz,
Circundada á la redonda
De un terrado que rematan
Las almenas protectoras.
A su amparo, y defendidas
De exterior ofensa, toman
La luz dos anchas ventanas
Que rejas robustas orlan.
Corrió Ibañez á una puerta
Una barra ponderosa
Que impide abrirla por dentro,
Y la faz pálida y torva,
Asiéndose de una reja,
Por una ventana asoma.

Ya libres de las miradas
De la multitud curiosa,
Que grosera ó imprudente
Hasta cuando aplaude estorba,
En delicioso retiro
Rosa y don Bustos á solas
De sus amores platican
En su cámara ostentosa.

Ella parece cual nunca
Halagüena y seductora,
Suelto el cabello y los lazos,
Aliviada de las joyas.
El en sus brazos la aduerme
En ilusion amorosa,
Mas que nunca embebecido
En las gracias que la adornan,
Ella en silencio le mira,
Y las lágrimas le borra
Que de amor y de esperanza
De los párpados le brotan.
El los labios encendidos,
La mirada borrascosa
Que aun turba el licor ardiente
Cuyos vapores le embotan;
Y ella con óculos tiernos,
Templando la abrasadora
Sed de sus labios, le besa
Entre osada y ruborosa.
Una cortina de seda
Que entera cubre la alcoba,
Vela á los profanos ojos
La escena voluptuosa:
Aunque la luz de una lámpara
Cuando olvidada, traidora,
Trémula dibuja en ella
Si no los gestos, las sombras.
Si los ojos de un celoso,
Cuando las dudas le acosan,
Pudieran salvar los muros
En las alas de su cólera,
Bien pudieran los de Ibañez
Hacer girones ahora
La impertinente cortina
En donde atento los posa.
Dos barras de la ancha reja
Ase, que casi las dobla,
Y los ojos de serpiente
Se le saltan de las órbitas.
Sin perder línea ni pliegue
De la tela tembladora,
Sigue el movimiento fácil
De las proyectadas sombras.
Y agenos de aquel testigo
Bustos Ramirez y Rosa
Sus amorosas caricias
En la soledad redoblan.
Crugian los blandos besos
En la morada recóndita,
Y afuera del triste Ibañez
Las aspiraciones roncadas.
A cada amante palabra
Que en el aposento brota,
Responde en la oculta reja
Una blasfemia espantosa.
Y entre tanto que uno sufre,
Y libres los otros gozan,
Doblar se oyó la campana
Que á fuego y rebato toca.
Interrúmpese el placer
Y el sufrimiento se corta,
Y el que antes gozaba sufre,

Y el que antes sufría goza.
Al ronco empuje del cierzo
Que con dobles alas sopla,
Crece el incendio y revientan
Las llamas devastadoras.
Caen las techumbres de cedro,
Las almenas se desploman,
Estremécense las torres,
Y se derrumban las bévedas.
Cada sala es una hoguera
Cada ventana una boca
Que humo y resplandor vomita
Y brama en tormenta sorda.
En vano piden de dentro
Que en su angustia les socorran,
En vano aterrados gritan,
Gimen, blasfeman, ú oran.
Sordos están cielo y tierra;
Denso el humo les ahoga,
Y con el son del incendio
Sus lamentos se sofocan.
De aquella terrible hoguera
A la trémula luz roja,
Se ve de los campesinos
La turba triste y medrosa,
Como viajeros curiosos
Que contemplando se asombran
Una erupcion del volcan
Que fuego y peñascos brota:
Y allá del Carrion humilde
A la margen de las ondas,
Ibañez tambien lo mira
Con indiferencia torva.
Apoyado está en un tronco,
Asida una mano á otra,
Y en una almena los ojos
Que ruina amenaza pronta.
Al fin de afanosa lucha
Desesperada y dudosa,
Cayó en el foso la almena;
Y tras de la piedra rota
Quedó una ventana, en donde,
Como ilusion dolorosa,
Los brazos al cielo tienden
Por la reja dos personas.
No se sienten sus lamentos,
Ni se alcanzan de su forma
Mas que la espresion horrible
De su profunda congoja.
Llamas voraces les cercan
En irresistible tropa,
De cuya rabia es inútil
Implorar misericordia.
La inmensa torre rodean,
Puertas y muros devoran,
Y ¡cómo esperar perdon
De quien ni piedras perdona?
Una llamarada inmensa
La cerró en sus pliegues toda,
Ya se borró para siempre
La aparicion congojosa.

Dejó la ribera Ibañez,
Y al despuntar de la aurora
A todo escape en un potro
Valle y castillo abandona.

Del espléndido palacio
Que ocupa en Valladolid
El rey don Juan el segundo,
Ya de su reinado al fin,
Están recordando alegres
Su antigua amistad pueril
Dos bizarros cortesanos
En oculto camarín.
Y en el continuo abrazarse
Y en el continuo reir,
Se ve que en hallarse tienen
Satisfaccion infantil;
Y que cada cual se goza
La agena historia en oír,
Como en recordar la suya
Tal vez triste para sí.
Están en el propio punto
En que de entrambas al fin
Tornan á identificarse
Y su gozo á repetir.

DON RODRIGO.

¡Con que ¡voto á Belcebú!
Aquel antiguo soldado
Que tanto lidió á mi lado
Por mejor causa eres tú?

IBAÑEZ.

Yo mismo sin duda alguna:
Aquel Ibañez soy yo.

DON RODRIGO.

Mucho á entrambos acudí
Compasiva la fortuna.

IBAÑEZ.

Compáranla á una veleta
Por tan inconstante ser.

DON RODRIGO.

Dejara de ser mujer
Fortuna á no ser inquieta.
Mas otro abrazo me da,
Que aun dudo si estoy soñando.

IBAÑEZ.

Abrazos te iré yo dando
Si esto te despertará.

DON RODRIGO.

Mas, por Dios, que rico te hallo,
Ibañez, y á lo que veo
No ayudó mal tu deseo
Tu lanza con tu caballo;
Pues si no me acuerdo mal
Era tu única riqueza.

IBAÑEZ.

Espatrióse mi pobreza
Merced al favor real.

Dijeron de mi valor
No sé qué, y conde me hicieron.

DON RODRIGO.

Bien con tu valor cumplieron.

IBAÑEZ.

No sino con mi favor.
Debióme la vida el rey
En Navarra, y no fué mas.

DON RODRIGO.

Oh! pues voto á Barrabás
Que fueron hombres de ley,
Y ¡qué hacen viéndote rico
Esos parientes hambrientos?

IBAÑEZ.

Don Pedro llaman atentos
A quien llamaban Perico.
Yo les dispense el cumplido
Y les abrazo cortés.
Pídenme, niego, y despues
Se van por donde han venido.
Pero á tí, por vida mia,
Que tampoco mal te fué.

DON RODRIGO.

Tanto, Ibañez, porfié
Que salí con mi porfia.
No me tocó como á tí
Condado, ni valimiento;
Pero en oro puro cuento
Cuanto basta para mí.

IBAÑEZ.

Y á bien que si la memoria
De tu ambicion no me engaña
No te basta toda España.

DON RODRIGO.

Aquí paz y despues gloria.
Poseo lo que me basta
Para tener envidiosos,
Amigos menesterosos
Y una numerosa casta.
Aturdido me dejaron
A mi vuelta tales gentes;
No sé cuando mis parientes
Así se multiplicaron.

IBAÑEZ.

¡Y consiguen de su afan?...

DON RODRIGO.

Lo que los tuyos de tí:
Pídenme, niega, y así
Por donde vienen se van.

IBAÑEZ.

Justo! Así, beso por beso
Y puñada por puñada.

DON RODRIGO.

Cual ella me fué obligada
Por mi gente me intereso.